

## INTRODUCCIÓN

En su más reciente colección de ensayos, *La ciudad vista* (2009), Beatriz Sarlo cita poemas de Casas, Gambarotta y Cucurto para ilustrar su descripción de la ciudad de Buenos Aires actual, en especial en relación con las temáticas concernientes a las mercancías, la cultura urbana, los fenómenos de la pobreza, la marginalidad y los nuevos inmigrantes.

Allí analiza la visión social y política de la ciudad en distintas manifestaciones culturales como un síntoma de los cambios políticos, sociales e ideológicos que han afectado a la nación en las dos últimas décadas, y que conllevan una sensación general de miseria, desamparo y violencia, una ajenidad radical entre los habitantes y su medio. En este sentido los productos culturales, como un modo de lectura de los fenómenos de diversa índole que les son contemporáneos, funcionan en este caso, podría decirse, por la negativa. Es decir, leen que no hay nada para leer, fuera de eso que es evidente. Desencantados, los artistas ven una ciudad también desencantada, muy lejos de toda perspectiva utópica de inclusión social, en el sentido más amplio: imaginaria, simbólica y real. Sin embargo, para Adrián Gorelik (“Mala época: los imaginarios de la descomposición social y urbana en Buenos Aires”. En Birgin, Alejandra, y Trímboli, Javier (compiladores) (2003). *Imágenes de los noventa*, p. 27), “el tópico de la ciudad de perdedores es demasiado evidente en el arte como para que su aparición pueda tomarse como indicio de los resultados urbanos de las políticas económicas y sociales de la década menemista”.

En un demasiasdas veces citado poema de Baudelaire, *Correspondences*, el poeta francés presenta parte de lo fundamental de su estética al proponer leer las cosas, y sobre todo la naturaleza, como símbolos.

La Nature est un temple où de vivantes piliers  
 Laissent parfois sortir de confuses paroles;  
 L'homme y passe a travers des forêts de symboles  
 Qui l'observent avec de regards familiers. (*Correspondances*)

El mundo es para Baudelaire algo que le es dado al poeta, quien aporta la medida de su saber y de su quehacer en el acto de la interpretación de los elementos que percibe en tanto signos. El poeta se define a fines del XIX en Francia como un buscador y dador de sentido a lo que percibe, a lo que siente, y a lo que piensa. Si la ciudad es suya es porque la recorre, y si los barrios de dudosa reputación le pertenecen es porque es ahí donde el poeta ejerce, por medio de su sensibilidad, una lectura privilegiada de la dimensión humana aún allí donde no aparece a simple vista.

Sin embargo bien sabe Baudelaire que el sentido no es en cada caso sino un trabajo en proceso, un hacerse y jamás algo que se otorga en el poema como dato o como hecho de significación *tout court*.

Un siglo y medio después, y casi como si respondieran en un eco deformado a estas postulaciones, las poéticas en la Argentina dan un giro de 180 grados. Por lo que respecta a nuestras latitudes, la poeta Laura Wittner declara que “las cosas no son signos”. En los noventa hay un grupo de escritores que, avanzando en esta concepción acerca de la poesía y la escritura, dan un paso más en este sentido, porque si muchos de los poetas de los 80 remataban sus poemas con reflexiones generales acerca de las cosas o el mundo presentados, las poéticas de

\* (La Plata, 1968). Dra. en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Adjunta de CONICET. Psicoanalista graduada del ICDeBA. Ha publicado ensayos sobre poetas argentinos en revistas nacionales y extranjeras. Es profesora de Teoría Literaria en la Universidad Nacional de La Plata. Publicó cuatro libros de poemas, *Postdata*, 1998, *Polaroid*, 2001, *Oleo sobre lienzo*, 2004 y *Zoo*, Paraiso, 2009. Su libro de ensayos *El poema y su doble*, Simurg, 2003, recibió el Subsidio a la creación de la Fundación Antorchas.

los 90 se caracterizan por la ausencia de lo que, con términos propios de la narratología, podríamos llamar, posición autoral.

El registro se vuelve más maquínico que nunca: el ojo es una cámara que se pasea por afuera de lo que ve, y que no devuelve interpretación alguna, sino que parece limitarse únicamente al registro de "lo que hay".

Sin embargo, esto es un artificio, no sólo porque el neobarroco, entre otros, ya ha dejado claro, con sus juegos de lenguaje, que no existe tal relación natural entre las palabras y las cosas, sino sobre todo porque esta relación entre el escritor y la ciudad está presentada como un conflicto en cada caso. ¿Qué es la ciudad? ¿Cuáles son sus límites, cuál el centro, cuáles los márgenes? Y porque la ciudad, su visión o la relación con ella, en muchos de los autores aparece mediada: percibida a través de vidrios sucios, de azoteas o balcones enrejados, con el ruido de fondo de televisores y radios encendidas todo el tiempo, emitiendo sus discursos, mezcla de información, publicidad, estereotipos, frases hechas. Decir sobre lo dicho, buscar un intersticio ahí para configurar una voz, pequeña o altisonante, humorística o tímida, plural o individual, para presentar una escena, un entramado de pasiones, unas relaciones, parecen ser las dificultades a las que estas poéticas se enfrentan, en todos los géneros y en diversos autores, desde la poesía a la *non-fiction*, pasando por otras formas de la narrativa. En ese intersticio, lo real aparece, pero como *punctum* que horada la superficie de lo ya dicho, o del estereotipo, que en su misma repetición falla y permite que emerja lo otro.

Es en ese juego, descarnado si se quiere, donde se tensa al máximo la pose de la falta de emoción o se tantea en una nueva subjetividad, nuevo lirismo y nueva concepción de lo íntimo y su relación con lo colectivo, en primera instancia lo colectivo de la lengua madre, que ha tenido lugar lo mejor de los 90, y que fluye hacia los productos culturales contemporáneos: ese presentismo antiutópico que a fuerza de imaginación intenta hacer de este mundo un lugar habitable, otorgar un lugar y un modo de ser a unos objetos, unas palabras, unos seres, que habían perdido su razón de ser bajo la presión de una violencia sin precedentes. Por eso el repliegue hacia lo íntimo, como puede verse en el artículo de Guillermo Siles, no rehúye la dimensión política, y la oralidad que Battilana explora en la poesía de Aguirre está lejos de la sencillez y de la trivialidad con que se pretendió estigmatizar a una zona de la poesía noventista, al demostrar su carácter netamente poético, es decir, como trabajo sobre la lengua, así como el tan mentado realismo de Cucurto se revela, en el trabajo de Cecilia Pacella, como una deriva literaria de puro cuño neobarroco, trabajo literario que, de manera renovada y original, riza otra vez el rizo ya rizado de una lengua, ya no rioplatense sino panamericana, y lo lírico converge con la novela, sin desplazamiento sino con acentuación del estereotipo ya marcado en los poemas de Fernanda Laguna, en la lectura que hace Mattoni de Dalia Rosetti, para culminar con una nueva visión de la crónica como apoteosis del presente y de la potencia de lo pop, para dar cuenta de una dimensión de la verdad que reúne investigación periodística, compromiso escriturario, sentimental y político, en la entrevista a Cristian Alarcón.

Anahí Diana Mallol